

Los motivos de la germanofilia

Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid (Sección de Ciencias Históricas), el 25 de mayo de 1917, al discutirse la actitud de España ante la guerra.

ESPAÑA ANTE LA GUERRA: LA INDEFENSIÓN MATERIAL

SI ALGUIEN me preguntase ahora cuál es en los días que corren la preocupación inmediata de los españoles, cuál debe ser el punto sobre que descarguen su máximo esfuerzo los que sientan la ambición de formular las aspiraciones del pueblo español, poniéndole frente a frente de sus necesidades morales y materiales y haciéndoselas comprender con claridad, yo respondería al preguntante que mirase hacia sí, hacia su propia vida personal, que contemplase también su hogar, sus negocios o su profesión habituales, el campo, por reducido que sea, de su actividad cotidiana, y me dijese después si no advierte que todo ello está trastornado, alterado por este acontecimiento exorbitante: la guerra; la guerra, en la que cada día nos importa menos el aspecto militar; la guerra, que con su dedo inexorable ha hecho vibrar las fibras más escondidas de nuestra alma, ha removido todas las rutinas y ha puesto a nuestro pueblo en el trance, para muchos insoportable, para todos grave, de fallar y tomar partido en un problema moral; la guerra, que prepara para mañana, para el día después de la paz, entre las convulsiones actuales, una nueva revolución.

Jamás ante un suceso de magnitud tamaña se ha encontrado un pueblo menos preparado que el pueblo español para afrontarlo. Y cuenta que nuestra preparación es doble, tiene dos aspectos, íntimamente ligados el uno con el otro (vosotros decidiréis cuál es más grave): no teníamos preparación diplomática ni militar, no teníamos política europea; no teníamos tampoco preparación moral, no conocíamos los datos del problema, y carecíamos de la cultura interna necesaria para improvisar una apreciación de los valores morales que están en litigio.

Es justo proclamar que aquella primera falta de preparación militar, política y diplomática, es de lo más castizo que se conoce y que con ello no hacemos más que continuar una tradición española varias veces secular. Si yo fuese inclinado a empavesar mis discursos con escarceos históricos, me sería fácil demostrar que desde hace casi tres siglos todos los sucesos capitales en la historia del mundo nos cogen siempre desprevenidos, y que a favor de esa estúpida imprevisión, de ese atolondramiento nacional, han ido desenvolviéndose todas las desventuras españolas, desde la liquidación y aventamiento del antiguo imperio nuestro, pasando por el naufragio de nuestra independencia y por las últimas guerras coloniales, hasta la miserable em-

presa de Marruecos, donde no se sabe qué duele más, si el estéril sacrificio de la nación o el ridículo de que nuestra impotencia nos cubre. Ese descuido, ese abandono, esa necesidad entronizados en el Gobierno de España han tenido por causa inmediata la ligereza, la ignorancia, las intrigas, la rapacidad de reyes y ministros, y por causa y fundamento últimos la resignación y mansedumbre del pueblo, del triste, ignorante, hambriento pueblo español, que no ha tenido nunca bríos para levantarse fusil en mano contra sus pastores y en un escarmiento ejemplar imponerles la lección adecuada a su delincuencia. No penséis que esa preparación de que hablo, que esa indefensión actual de la nación española, reconocida por sus ministros en estos meses, nazca de otras causas que las apuntadas; es la misma abyección, la misma impericia que bajo Carlos III, la misma alocada petulancia que bajo Godoy, la misma oligarquía ya imperante en las guerras coloniales, la que ahora, al cabo de años de paz, al cabo de gastos sin cuento, al cabo de lecciones tan rudas como el Tratado de París, nos ha puesto frente a la guerra europea sin ejército, peor que sin ejército, con una nómina de militares que absorbe cientos de millones sin que tuviéramos un regimiento completo; sin diplomacia, entregada la representación de España en el extranjero a unos cuantos señoritos aristócratas, que usurpan el manejo de intereses importantes del país sin otro motivo que el de ser miembros de familias distinguidas. Ha sido preciso que la guerra estalle y que los Gobiernos se hayan encontrado sin esos dos instrumentos de acción; ha sido preciso que una vez más tropecemos con la realidad inexorable para que un presidente del Consejo de ministros dijera en las Cortes: "¡No tenemos ejército, no tenemos cónsules ni diplomáticos.!"

Pues con ser tan grave este daño, aún me aflige más, como hombre y como español, la otra falta de preparación ante la guerra: la falta de preparación moral, ¿por qué no llamar a las cosas por su nombre?, la incultura de los sentimientos morales, que ha impedido a los españoles ver desde el primer día la causa de la justicia.

LA INDEFENSION MORAL

Este sí que es el gran dolor, porque lo que caracteriza propiamente al hombre y le permite creerse superior a todos los seres que le rodean, es el sentimiento de lo justo, la aspiración a regir por él su vida y a implantar como norma reguladora de la vida colectiva aquello que en su conciencia acepta y reconoce como un deber; y así como son hombres superiores los que en el conflicto entre este deber y sus apetitos e intereses del momento, sacrifican éstos a aquél, son pueblos nobles, precio del género humano, aquellos que en un momento dado, en el azar de las contingencias históricas, posponen los apetitos de dominación o las bajas sollicitaciones del egoísmo para arrostrar la ruina, la devastación y la muerte en aras de lo que la conciencia universal proclama como meta y aspiración ideal de la vida civilizada. De suerte, que el primer afán de cada hombre debe ser robustecer y aquilatar en su conciencia ese sentimiento de la justicia, como medio único de ser cada vez más hombre, que es ser cada vez más libre, porque ese afán de justicia, esa rectitud de conciencia nos sustraen a la esclavitud de los apetitos y de los intereses, y nos permiten navegar por la vida con serenidad, a prueba de borrascas y desventuras; y la aspiración definitiva de un pueblo civilizado, lo

que da un sentido a las limitaciones y trabas de la vida social y ayuda a sobrellevar las cargas comunes, es el propósito de introducir en el mundo, así en las relaciones internacionales como en las relaciones entre los hombres, un poco más de justicia, para que un día pueda ese pueblo comparecer ante la historia con su túnica inmaculada, que sea bandera y enseña que guíe a otros hacia el progreso. Pueblo que no lleve en lo profundo de su alma esa aspiración, es infecundo para la causa de la Humanidad, por grandiosas que parezcan sus empresas, por imponentes que sean las obras materiales que su habilidad construya; de él puede decirse lo que Jesús de quien traicionó su causa: "mejor le fuera no haber existido". ¿Qué nos han dejado aquellos grandes imperios asiáticos y africanos de la antigüedad? Ruinas gigantescas, huellas de opresión sobre la tierra empapada en sangre, recuerdos de esclavitud, llantos sin fruto, pero ni un soplo de vida espiritual que hoy conforte nuestras almas; en cambio, una minúscula república griega, pobre, casi inerte, de escasa civilización material, sin técnica apenas, abrió tal cauce para la vida humana que aún hoy, al cabo de veinticinco siglos, con todos los inventos, con todos los progresos de una civilización espléndida nos volvemos hacia aquellos helenos como hacia nuestros padres espirituales, porque ellos descubrieron verdaderamente al hombre e inventaron también la vida social, al concebir el pueblo y la patria como una reunión de hombres libres organizados para obtener y aplicar la justicia.

De suerte, que el hombre o la nación que no han sabido suscitar ese sentimiento de la justicia, o lo han dejado perder, si alguna vez lo tuvieron, y carecen, en consecuencia, de la envidiable facultad de apasionarse por lo que es justo, se hallan, desde el punto de vista moral, en la misma situación que el hombre débil o vicioso está en lo físico, a merced de los ataques de todos los gérmenes dañinos que por falta de defensas orgánicas le llevan impensada y prematuramente a la enfermedad y a la muerte. Así le ha ocurrido ahora al pueblo español: por incultura, por no tener bastante vivo el afán de hallar la justicia, no ha sabido penetrar en el fondo del problema moral planteado por la guerra, donde se ventila el porvenir de nuestra civilización, y se ha dejado invadir el ánimo por todas las patrañas e invenciones que han llovido sobre él, falta de energías para someterlas a juicio y rechazarlas. La pereza, el cansancio, el deseo de evitarse molestias y quebraderos de cabeza, la propensión de seguir la conducta que requiera menos actividad y esfuerzo, y también ciertos cálculos, que pueden resultar fallidos, del egoísmo, han venido a dar como resultado -creciendo libremente en medio de esa doble falta de preparación militar y moral- nuestra tortuosa actitud frente al conflicto europeo, actitud que se condensa en dos palabras que son dos negaciones: neutralidad y germanofilia.

LA PRIMERA NEGACION: NEUTRALIDAD

Cuando yo hablo aquí de la neutralidad del Estado español para combatirla, no pretendo excitaros a que empuñéis las armas y vayáis a verter vuestra sangre en los campos de batalla de Europa. No me olvido de que estamos en un Ateneo. Yo tengo la convicción de que España no sólo tiene el derecho sino el deber de intervenir en la guerra poniéndose de parte de los aliados, actitud que resulta de considerar el fondo moral de este conflicto. Cuándo y cómo esa intervención haya de producirse y hasta qué límites debe

nuestro país llevar su solidaridad con los países latinos son problemas de política que no podemos resolver aquí, ni siquiera abordar sin caer en el ridículo o en la pedantería. Contentémonos con remover ideas; la política se hace fuera del Ateneo manejando otras realidades

Tranquilícense, pues, los timoratos; no pretendo, al hablar de la neutralidad, que el Estado español entre con sus ejércitos en la contienda; lo que pretendo es llamaros la atención sobre el contenido de la palabra neutralidad, con la que se ha estado tres años adormeciendo el espíritu público, halagando su amor a la quietud y haciéndole creer que eso era una solución, una política, un refugio seguro contra los trastornos de la guerra. Lo primero que debe tener ser presente en esta cuestión es que la neutralidad de España no ha sido ni es una neutralidad libre, declarada por el Gobierno y aceptada por la opinión después de maduro examen de todas las conveniencias nacionales, sino neutralidad forzosa, impuesta por nuestra indefensión, por nuestra carencia absoluta de medios militares capaces de medirse con los ejércitos europeos. De manera que, aunque la independencia de España, la integridad de su suelo, el porvenir de la patria hubiesen estado pendientes (ya veremos si lo están o no) de nuestra intervención armada, nosotros hubiéramos tenido que renunciar a nuestra independencia, a nuestra integridad, a nuestro porvenir por falta de elementos para ponerlos a salvo. Y esto que es gravísimo, porque significa una disminución de nuestra soberanía, es, además, escandaloso, porque los mismos hombres, los mismos gobernantes, que durante años y años han malgastado los caudales públicos y abusado de la docilidad del pueblo sin acertar a constituir un ejército, como sin acertar tampoco a constituir ninguno de los organismos del Estado, vinieron al estallar la guerra a proclamar la neutralidad de España como una perogrullada, sin otro fundamento verdadero que nuestra indefensión, y cuando la multitud española acogía alegremente esa palabra pronunciada por sus directores, no advertía que estaba sancionando y aprobando los frutos de muchos años de mal gobierno, y que su deber no era aplaudir sino levantarse a pedir cuentas a los que a tal estado nos habían traído. ¿Por qué esos gobernantes no hicieron lo mismo, no ostentaron igual amor a la paz, no tuvieron el mismo afán de poner a salvo la sangre y los dineros del pueblo en 1898, cuando el conflicto con los Estados Unidos nos puso en el trance de elegir entre la guerra o la transacción? ¿También entonces estábamos desarmados, exangües y pobres! ¿Por qué se permitió que el pueblo se alucinase engañándole sobre las fuerzas de nuestros enemigos, y se llevó a una guerra perdida de antemano, detrás de la que venían inevitablemente el deshonor y el descrédito del país? Porque entonces se aspiraba a salvar la dinastía, en aparente peligro, y a mantener los intereses de los ricos que gobernaban en Cuba y de los frailes sojuzgadores de Filipinas, y a eso se sacrificó lo más precioso: la paz. Ved cómo esa palabra neutralidad que los Gobiernos han hecho brillar ante nosotros durante tres años, como un señuelo, es una falacia adormecedora, insuficiente para encubrir la imprevisión, el desbarajuste y la holganza de los ministerios. Pero vayamos más al fondo y examinemos lo que esa neutralidad significa. He dicho que la neutralidad es una negación, y ello es evidente: la declaración de neutralidad hecha por un Estado, quiere decir que el neutral no intervendrá en favor ni en contra de los beligerantes, guardando una actitud de espectador, dentro de las reglas y usos establecidos para tal situación de neutrales por el derecho internacional, que no hace del neutral

un ser de condición inferior; al contrario, le rodea de todas las garantías para que sus derechos no sean atropellados por las fuerzas beligerantes. Ya está, pues, declarada la neutralidad; pero en seguida el pueblo neutral ha de preguntarse: y ahora, ¿qué hago?; porque esa declaración de neutralidad, siendo como es su actitud puramente negativa, o sea el compromiso de no hacer ciertas cosas, no basta para definir y orientar la conducta, la política interior y exterior de un pueblo. En ningún aspecto de la vida, ya se trate de un individuo solo, ya de una nación, se puede trazar la línea de conducta a fuerza de negaciones, a fuerza de decir "no haré tal cosa, ni tal otra" pues eso conduciría a la inmovilidad, y la vida es acción, empuje, esfuerzo, marcha hacia un fin, siendo indispensable definir, después de lo que no se quiere hacer, aquello que positivamente nos proponemos y poner los medios para alcanzarlo. Estas consideraciones de orden general vienen como de molde a la cuestión del día, de las más importantes en la vida de una nación: su política internacional. Ningún pueblo puede vivir sin esta política; ella es como la vía o sendero que la nación misma se abre para ocupar en el mundo el puesto a que aspira y para desempeñar en la historia universal el papel a que su ambición o su destino la están llamando, y es de tal importancia, que grandes cuestiones de política interior están necesariamente subordinadas a las aspiraciones nacionales en el exterior. Y esta política exterior puede ser tan varia como se quiera, según los tiempos: puede ser agresora o pacífica, puede ser expansiva o tímida, puede incorporarse a otra u otras políticas de Estados amigos, con quien se confedera, o pretende vivir aislada, lejos de toda complicación voluntaria; pero tal como sea, hay que definirla, publicarla, hacerla popular y grata al país, no con misterios amenazadores, ni con embozadas insinuaciones que tienen más de pedantes que de discretas, sino con razones asequibles a todos. Y como esto es clarísimo, se ve también con igual claridad que cuando se ha pretendido, frente a la guerra, definir la política internacional de España condensándola en la neutralidad, no se ha dicho nada y se ha cometido un enorme disparate. Faltaba la afirmación, faltaba enunciar el propósito, el plan. Pero se dirá: las circunstancias son extraordinarias, el mundo está revuelto; mientras dure el trastorno, contentémonos con que nonos coja en su torbellino. Si mi barrio está ardiendo, ¿quién piensa, mientras dura el fuego, en planear un ensanche o reforma de mi casa? ¡Ah, no! Ese es un error, el error fatal que ha inspirado a los Gobiernos españoles su necia conducta. Veréis por qué.

La política internacional, dirigida a encauzar y regular y fomentar los intereses de pueblo a pueblo, de Estado a Estado, no nace con la guerra ni se interrumpe con la guerra; es anterior a ella; subsiste con ella y perdura cuando la guerra se acaba y retorna la paz. Debemos considerar la guerra como un hecho político, un suceso, un accidente de la política internacional, suceso, accidente todo lo trágico y monstruoso que queráis, pero accidente al fin, comprendido dentro de las eventualidades previsibles de esta política. Aunque sus efectos sean terribles para quien es triturado por su máquina, aunque el progreso y la creciente suavidad de las costumbres tiendan a hacerla cada vez más rara, aunque yo niegue las supuestas ventajas que un optimismo estúpido o una barbarie cínica ven en ella, es lo cierto que contemplada la guerra en relación con la penosa marcha ascendente de la Humanidad, debemos considerarla como un fenómeno natural que no deroga ninguno de los principios generales por que se rige la vida de los pueblos, ni suspende los deberes de la gobernación, ni obliga a la razón política más que

a contar con su eventualidad (y no es poco), como en la vida individual y privada contamos, no ya con la probabilidad, sino con la seguridad de la enfermedad y la muerte, sin dejar por eso de perseguir nuestras aspiraciones. También en el mundo físico un terremoto, la erupción de un volcán, la inmersión de un continente o de una isla en lo profundo del mar son acaecimientos que nosotros los hombres llamamos cataclismos, por el daño que nos causan; pero que en la Naturaleza, indiferente a nuestros dolores, ocurren sin menoscabo de las leyes que eternamente la ponderan y acompañan, antes bien, como una consecuencia y confirmación de ellas. Advertido, de pasada, que esto es un ejemplo, no una equiparación, porque la guerra, al fin, es un hecho que pertenece al mundo moral, que es creación del hombre, y donde la libertad humana puede introducir e introduce a cada momento factores que no están sujetos a las leyes de la necesidad del mundo físico; lo digo para que no se me confunda con alguno de esos despiadados germanizantes que pretenden no sólo explicar, sino justificar el hecho de la guerra en nombre de no sé qué pretendidas leyes del proceso histórico.

Pero la guerra no es sólo un hecho político, un fenómeno previsible de la vida internacional; hay más (y a esto quería yo venir principalmente a parar): en la guerra se ventilan las mismas cuestiones que en la paz; la política de guerra no tiene más objeto que resolver por las armas los conflictos que por torpeza, o mala voluntad, o imposibilidad de otro género (y aquí se abre el campo de las responsabilidades para los que suscitan la guerra) no se han resuelto por la política de paz. De suerte, que, siendo la guerra una continuación cruel y sangrienta, a mano armada, de los conflictos de ideas e intereses planteados en tiempo de paz, la posición de cada pueblo ante la guerra, sea neutral o beligerante, no puede ser tampoco más que la continuación de la actitud o postura que en esos conflictos hubiese tomado antes del rompimiento. Si volvemos ahora la vista a España, decidme: ¿No aparece claro que para definir su actitud en el conflicto era insuficiente y pueril hablar de neutralidad? Lo que había que hacer era preguntarse si España, antes de la guerra, tenía tomada una orientación en política internacional, y si la tenía tomada continuarla con lealtad, sin pretender oscurecerla o entibiársela envolviéndonos en la dudosa nube de la neutralidad. Que España tenía una orientación internacional anterior a la guerra, todo el mundo lo sabe. De los dos grupos en que estaba dividida Europa, nosotros nos habíamos adherido a uno, al que nos empujaban razones geográficas, económicas, políticas y hasta culturales; y no es de suponer que los hombres de Estado que inclinaron en esa dirección nuestra política exterior lo hicieron a ciegas, a tontas y a locas, sin medir las consecuencias posibles que para lo futuro pudiera tener ese paso. Y si esa orientación existía con conocimiento y sin protesta del país, nuestro deber estaba bien claro desde el día en que los dos grupos europeos apelaron a las armas, por voluntad de uno de ellos, para ventilar su oposición; nuestro deber era adelantarnos hacia nuestros amigos y decirles: no podemos acompañaros a los campos de batalla, pero en todo lo demás estamos a vuestro lado en la defensa de una causa que también es nuestra; nuestra, porque querámoslo o no pertenecemos a aquella parte del mundo europeo que es amenazada por el pangermanismo; nuestra, porque nos habíamos adherido a ella en los días bonancibles de la paz, y el honor y el interés nos mandan perseverar en vuestra ayuda: el honor, porque sería miserable abandonar en las horas de peligro a quien hemos prometido amistad en la bonanza y aprovechándonos de ella, y el interés, porque del resul

tado de esta contienda pende el porvenir de Europa y por tanto de España, y no podemos consentir que eso ocurra sin nuestra intervención y nuestro consejo. Así hubiera hablado un pueblo que no temiese arrostrar las consecuencias de sus propios actos; no se hizo. ¿Por qué? Porque al pueblo español, débil moralmente a causa de la decadencia de su amor a la justicia, le han envenenado el corazón metiendo en él odios corrosivos, rencillas aldeanas, despechos de impotencia, y a favor de la timidez de aquel Gobierno conservador, tipo acabado del justo medio que pretende contentar a todos y no contenta a ninguno, se desarrolló y creció esa enfermedad y desvarió del sentimiento público que es otra negación: la germanofilia.

LA SEGUNDA NEGACION: GERMANOFILIA

Permitidme hablar sobre este tema de la germanofilia española con la misma franqueza y claridad que he usado hasta ahora, advirtiéndole que si alguna de mis opiniones pareciese excesivamente dura, eso no me impide dejar a salvo, como lo hago, la buena fe y la sinceridad de la mayoría de los que no opinan como yo en este punto. Yo no voy a injuriar a los germanófilos, pero quiero poner de manifiesto el origen de su error y los equivocados sentimientos que en general les han llevado a él; respeto a las personas, pero ataco implacablemente las ideas que me parecen falsas.

Empiezo por decir que yo llamo germanófilos a todos los que desean el triunfo de los imperios germánicos en esta guerra, deseo que se funda en uno de estos dos motivos, o en ambos juntamente: en la creencia de que el triunfo germánico favorecería al engrandecimiento de España, o en el placer de ver humilladas, destruidas, a las naciones de la coalición, y más concretamente, a Francia e Inglaterra. Fijaos en que llamo germanófilos a los que desean ese triunfo, que es cosa muy diversa de la creencia en que triunfará realmente este o el otro bando, aunque por razones psicológicas bien conocidas aquel deseo engendra en el ánimo de quien lo posee una presunción favorable a sus preferencias. Antes de la batalla del Marne muchos temimos por la suerte de Francia en la guerra, pero no dejamos de creer justa la causa de la República; igual creo yo que les ocurrirá a los germanófilos ahora que hasta los más ciegos no pueden dejar de ver cuál va a ser el fin de la guerra. De estos germanófilos, es decir, de los que se han tomado el trabajo de construir un razonamiento, peor o mejor fundado, en apoyo de sus convicciones, con independencia de los azares de la guerra, es de los que yo hablo; con ello excluyo de mi pensamiento y de mis palabras a toda aquella categoría de gentes que se adhirieron a la causa alemana simplemente atraídos por el esplendor de la fuerza, sin otro motivo que el de poseer Alemania los cañones más grandes, los soldados más aguerridos, los explosivos más violentos; gentes numerosas en España, adoradoras de toda guapeza, de toda majeza, que dicen como Sancho Panza, ¡viva quien vence!, partidarios en la política interior de los gobernantes capaces de liarse la manta a la cabeza, como ellos dicen; gentes germanófilas de las que yo no voy a ocuparme ahora, porque no hay en ellas una convicción equivocada que combatir, sino una abdicación de la facultad de raciocinio que compadecer; pobres gentes que están condenadas a cambiar de bando, a pesar suyo, en cuanto se enteren de que frente a los cañones, los soldados y los explosivos alemanes hay otros cañones más grandes, otros soldados igualmente aguerridos y otros explosivos aún más devastadores

Hablemos, pues, de los otros; y si analizamos los sentimientos que han engendrado su actitud y con los que pretenden justificarla, veremos cómo en el fondo de ellos tropezaremos con otra negación tan estéril como la que sirve de fundamento a la neutralidad. El deseo de ver humilladas a Francia e Inglaterra... ¡Ah! con qué poco recato, con cuánta fruición han ido soltando por ahí, como el calamar su tinta, la esperanza de ver derrotados a estos pueblos. El hecho es de observación personal y no puede ser discutido. Yo recuerdo de aquellos días del verano de 1914, cuando la suerte de las armas adversa a Francia, el jubiloso anhelo con que esperaban recibir la nueva del aniquilamiento de este país, como una ejecución decretada por la justicia divina; los hombres que así opinaban, decían: "Ahora las pagaré todas juntas" pensando en los agravios que creían tener que vengar en Francia. Y yo declaro que cuando oía estas cosas sentía vergüenza por mi país, porque ese deseo de ver castigados por mano ajena agravios propios es la forma más degradante de la cobardía; el pueblo español se derrumbaba así de las alturas de su quijotismo; el pueblo que ha alardeado siempre de virilidad y valentía, y que por culto a su pundonor estaba siempre pronto a aventurarlo todo para lavar las ofensas, hallábase, en verdad, obligado a sentir de otra manera; y si pensaba que entre Francia y España existían disensiones tan graves que hacían necesaria una apelación a las armas, si creía haber recibido de aquel país agravios lesivos para nuestra dignidad nacional, lo más decoroso y también lo más conforme con lo que se pretende presentar como rasgo de nuestro carácter, era haber arremetido contra Francia a mano armada, haberse sumado bravamente a los que la invadían, corriendo todos los riesgos de este paso, pero no gritar en las plazas públicas pidiendo neutralidad y refocilarse a las calladas con la esperada victoria alemana, regodeándose impunemente en un festín de sangre y venganza. ¿Y cuál pudo ser -me pregunto yo ahora- la causa del extravío de la opinión de tantas gentes? Esa causa, hela aquí: el odio, el odio, o sea la negación suprema, porque sólo busca la destrucción de su objeto; la pasión infernal que los creyentes han alojado y simbolizado en el rey de las tinieblas; que es negación de la vida, impotencia para crear.

Hay en España, como sabéis, un núcleo de gentes, cada vez más pequeño, que viene oponiéndose por sistema a la introducción en nuestro suelo de toda novedad, y que aborrece, en punto a ideas, cuanto trae el marchamo extranjero; son gentes bastante lógicas, porque aceptan todos los inventos, mejoras y adelantos de orden material que la civilización moderna produce, y condenan, en cambio, las fuentes espirituales que, con un nuevo concepto de la vida, han suscitado esos adelantos, empujando a los hombres por las vías de un progreso continuo. Contra esta clase de gentes viene haciéndose desde hace siglo y medio la historia de España, que es, sobre todo, desde que hace cien años se planteó la cuestión en el terreno político por la instalación del régimen constitucional, un combate sin tregua para romper las trabas que se oponen al reinado de la libertad y de la tolerancia en nuestro país. Esta aspiración liberal, en el más amplio sentido del vocablo, ha sido estorbada y combatida de mil modos por ese núcleo de gentes retrógradas, que han ensangrentado el país con guerras civiles, han deshonorado los alcázares con intrigas villanas y no vacilaron, ¡ellos, los patriotas, los españoles por excelencia!, en llamar y atraer sobre España la invasión extranjera cuando así les convino para conseguir sus fines. A través de un siglo entero hemos llevado al pie este grillete, esta rémora, que ha tomado formas múltiples:

unas, pacíficas; otras, belicosas; que tan pronto ha revestido la sotana clerical como ceñido el sable guerrillero, y que forzada en estos últimos tiempos a colgar por inútiles el trabuco y la zamarra montaraces, ha sabido insinuarse en los organismos oficiales, en los partidos que gobiernan, y tomar así, encubiertamente, mucha parte en la dirección y manejo de los destinos públicos. Pero en todas las formas que haya ido mudando, reconoceremos siempre a ese núcleo de gentes por su aversión a Francia, en quien ha visto con fundamento, el vehículo propagador de las ideas que aborrecía. Permitidme, a este propósito, recordar una opinión ya antigua, pero cuya autoridad nadie puede negar; es del padre Feijoo, quien discurriendo sobre las causas del atraso de las ciencias en España, que es poner el dedo en la llaga de nuestro atraso general, así entonces como ahora, dice que los filósofos, teólogos y maestros de su tiempo se negaban a admitir la filosofía de Descartes sin pararse a averiguar su contenido, no más porque era filosofía francesa, y comenta Feijoo: "Aún no está España convalecida en todos sus miembros de su ojeriza contra la Francia. Aún hay en algunos reliquias bien sensibles de esta antigua dolencia. Quisieran éstos que los Pirineos llegasen al cielo, y que el mar que baña las costas de Francia, estuviese sembrado de escollos, porque nada pudiese pasar de aquella nación a la nuestra. Permítase a los vulgares, tolérese en los idiotas tan justo ceño. Pero es insufrible en los profesores de las ciencias, que deben tener presentes los motivos que nos hermanan con las demás naciones, especialmente con las católicas." Y esto que se escribía en el siglo XVIII ha continuado siendo verdad hasta hoy en día, bien que limitándose y circunscribiéndose cada vez más, paralelamente a la difusión de las luces en España; porque esa parte de opinión a que aludo, que aborrecía antaño a Francia, porque era la patria del jansenismo, y después de la Enciclopedia, y más tarde de la Revolución y de la República, no la estimó más cuando en 1848 era París el foco de donde irradiaban sobre toda Europa las ideas republicanas, ni cuando, asentada en aquel país una república democrática, una república republicana, procedió en su política escolar y en su trato con Roma y los -frailes según los principios del laicismo. Añádase a esto la preponderancia socialista y la agitación de los sindicatos, que laboraban por una nueva revolución en la sociedad francesa, y tendremos de manifiesto la causa de la aversión a ese país que han profesado nuestras derechas, desde los antiguos partidarios del rey *neto* y los que vitoreaban las cadenas hasta el *hombre de orden* de nuestros días, clerical por "buen gusto", conservador por conveniencia, bien avenido con el Poder y con la paz social que le aseguran el disfrute de sus privilegios. De este grupo salieron las primeras y más violentas exaltaciones germanófilas al estallar la guerra, viendo en ella y en la consiguiente pérdida de Francia una manifestación de la justicia divina; por eso hemos leído artículos que parecían sermones y oído sermones que parecían libelos, en que se llamaba a la espada del Kaiser la espada de Dios, encargada de aniquilar París, foco de abominaciones. Convengamos en que esta imagen oratoria es peligrosísima, porque si ahora resulta que Francia no es vencida, tendrán esos señores que en .confesar que Dios ha cambiado de parecer y ha envainado el sable justiciero.

Menos caldeado por la pasión, aunque no -a mi parecer- mejor fundado en la razón y en la experiencia política, es el sentir de aquellos que pretenden justificar su animadversión a Francia y a Inglaterra por motivos históricos, por las rivalidades que con esas naciones hemos venido sosteniendo en los tiempos pasados. Para combatir esta actitud, que es la que com-

parten los más de los germanófilos, nosotros tenemos que averiguar: 1º Cuál fue la índole de esas rivalidades, y si es posible que en los tiempos modernos subsistan o se reproduzcan. 2º Si en el supuesto de que se renovaran (cosa que niego) serían motivo bastante para empujar nuestra opinión, en el conflicto actual, del lado de Alemania.

En cuanto a lo primero, es evidente que nuestras discordias con Francia e Inglaterra fueron siempre, o guerras de gabinete, no nacionales, o luchas de un imperialismo contra otro imperialismo, en que no siempre le tocó hacer el papel de agredido al nuestro. Nos hemos peleado con Francia por la posesión y dominio de Italia, de Flandes, o de provincias que formaban naturalmente parte de aquella nación, y esto era un choque de nuestro imperialismo contra las fuerzas de resistencia que suscitaba; pero no eran litigios en que se ventilaran ni la posesión de zonas de territorio español, ni intereses permanentes y verdaderamente vitales de nuestro pueblo; y nos hemos peleado también con Francia cuando la tiranía católica, encarnada en Felipe II, quiso imponer a Francia la unidad religiosa, y nos inmiscuirnos injustamente en los asuntos interiores de aquel país, o cuando la tiranía militarista de Bonaparte, devolviéndonos la pelota, se entrometió violentamente en nuestra patria y nos atropelló, con injusticia no menor que la cometida por nosotros en el siglo XVI. De ninguna de estas causas de conflicto se deduce que los pueblos español y francés sean incompatibles en el mundo, que es lo que estarían obligados a demostrar los germanófilos, a cuya opinión me voy refiriendo; tan fuera de todo derecho estábamos nosotros como ellos cuando nos encontrábamos en lucha en los campos italianos y flamencos, y detrás de nuestras proezas respectivas, detrás de nuestros triunfos y reveses no había por ambas partes sino apetito de dominación sobre pueblos inermes que en nada nos hablan ofendido; y lo mismo digo de los atentados que recíprocamente haya cometido cada una de las dos naciones -contra la independencia de la otra: porque nuestra invasión en Francia y nuestro pasajero predominio sobre aquel país, paseado y sojuzgado por nuestros ejércitos, como la invasión napoleónica en la Península, son dos cosas monstruosas, completamente fuera de la marcha normal y de lo que reclaman los intereses de ambos pueblos, y por ser monstruosas tales empresas acabaron con el hundimiento y ruina de los que las habían acometido. Nadie piensa ya que fuesen la verdadera conveniencia de España, que sus reyes se erigiesen en campeones de la fe católica y pretendiesen imponerla a Europa, atropellando primero nuestras libertades interiores, y después las de los pueblos limítrofes; y nadie confunde tampoco en Francia la política napoleónica con una política verdaderamente nacional; la invasión, la conquista, el atropello del derecho de los ciudadanos y del de los extranjeros, traen a la larga o a la corta la ruina, o la invasión del propio suelo, como se verificó para nosotros en el siglo XVII, y para Napoleón en el XIX, que atrajo los ejércitos extranjeros sobre la misma capital de su imperio, y como va a verificarse en nuestros días para el país que en mal hora ha reproducido la política agresora e injusta que condeno.

Otro tanto se puede decir de nuestras rivalidades con Inglaterra: son cosas pasadas para no volver, las causas que las produjeron no actúan ya. Una política positiva produce la paz, porque ni nos importa que aquél sea un país de "herejes como decían nuestros mayores, ni tenemos que disputar con él por el monopolio de la explotación del sudor de los pobres indios, ni nos dejamos envolver en guerras urdidas oscuramente en los gabinetes de

palacio, como las desastrosas del siglo XVIII. Ya sé yo que todos estos sucesos, que todos estos recuerdos de una azarosa historia van dejando en el corazón de los hombres un sedimento impuro, que anubla la serenidad del ánimo y tuerce la rectitud de juicio. Pero lo que a nosotros nos corresponde es examinar detenidamente esos sedimentos y ver si ellos pueden ser causas o móviles de nuestra conducta en los tiempos modernos; los reyes y los gobiernos que durante siglos han usurpado la dirección de los pueblos no tenían gran trabajo en convencer a éstos de que las empresas en que descaminadamente se metían eran de interés común y nacional; las ideas del tiempo eran éstas, pero nosotros no podemos pensar igual, y nos guardamos mucho de envolver el interés dinástico, o la ambición de un conquistador, o la intolerancia religiosa, bajo el nombre de patriotismo, ni de incluirlos entre los móviles que el patriotismo puede confesar.

El patriotismo no es un código de preceptos, sino una disposición del ánimo. El patriotismo significa que la patria es sensible a nuestro corazón y la patria no consiste sólo en el suelo y el cielo que nos sostienen y cobijan: sino también y principalmente en un depósito de cosas morales, de ideas depuradas por el transcurso del tiempo que las acredita como fecundas para el mejoramiento de los hombres que participan en ellas, de virtudes heredadas, siempre prontas a nuevo ejercicio; ese sentimiento patriótico, esa virtud cívica, es la que enciende en nosotros el deseo y nos presta la energía para sacrificarnos en pro de la patria, esto es, por el aumento y conservación de ese caudal de belleza, de bondad y libertad, en suma, de cultura, que es lo que nuestro país, como cada país, aporta en definitiva a la Historia como testimonio de su paso por el mundo y como ejecutoria de su nobleza. Pero este sentimiento patriótico, esta virtud cívica, concebidos como el último móvil de las acciones de los hombres en cuanto miembros de una sociedad política, y ese espíritu de sacrificio en aras de la nación sólo ha sido posible en toda su pureza en los tiempos modernos, cuando las naciones han recobrado o conquistado su autonomía, y dentro de nuestros tiempos sólo alcanza su máxima energía y eficacia en las naciones que se han organizado en democracias y tienen el pleno gobierno de si mismas. La patria, que es una libertad, es también una conquista de pueblos libres. En la democracia, los intereses y aspiraciones nacionales se dilucidan por la discusión pública; las ambiciones dinásticas, los ímpetus guerreros, las combinaciones de los diplomáticos de oficio, son excluidos o subyugados, y quedan también excluidos como móviles de obediencia o razones para exigir el sacrificio personal, el pundonor de una clase, la adhesión personal a un monarca, las ideas religiosas y cuanto no sea la salvaguardia y mantenimiento de la patria común. Esta es la razón por la que yo os decía antes que todas nuestras rivalidades y guerras con Inglaterra y Francia no habiendo tenido su origen en causas que demuestren la incompatibilidad de esos pueblos con nosotros, ya no se pueden reproducir, porque en esas naciones, las más libremente organizadas de toda Europa, la autonomía más completa de cada ciudadano se combina con el ardiente patriotismo que todos vemos; y no hay Rey, Gobierno ni Parlamento que sea capaz de arrojarlos a una guerra que ellos no hayan estimado justa y patriótica, esto es, defensiva y conservadora de la existencia nacional. Y cuando no se quiere la guerra, tampoco se quiere la política que conduce a ella, y siendo esto así y encontrando en las instituciones políticas libres una garantía de paz, y siendo también España un pueblo que va entrando en el ejercicio de un régimen de opinión, y que sólo aspira a des-

arrollarse pacíficamente dentro de su solar, no hay razón alguna, y menos fundada en hechos históricos, que nos impida tender amistosamente las manos a esos pueblos. Buscar en el pasado razones de enemistad e interpretar la Historia para hacerla servir de alimento al odio, es una aberración, un desvarío anticivilizador. ¡No! El pueblo español tiene derecho a volver la vista atrás para algo que no sea empapar su corazón en hiel; tenemos derecho a volver la vista atrás sin orgullo y sin melancolía, para escarmentar con nuestros errores y tomar ejemplo de las virtudes, del valor, de la perseverancia, donde las hubiese, y sacar de unos y otras lección para el porvenir; pero sin envenenar de antemano el día de mañana, que traerá su sol para todos, y sin que nosotros queramos aprisionarle en nuestros dominios. Eso es lo que podemos sacar de la Historia; por mi parte, abomino de cualquiera tradición que no destile más que odio.

Pero aún voy a ir más lejos; aún voy a suponer, para completar mi razonamiento, que todos esos motivos de discordia antigua están vivos y presentes; más todavía: que los resquemores y antipatías sedimentadas en nuestra alma, como las cenizas de una combustión apagada, no están filis, sino abrasando, y que ellos pueden ser en algún momento en que nuestra razón dormite, razones y móviles de nuestra conducta. En tal hipótesis, ¿sería racional, sería justo que dejándonos guiar por esos motivos secundarios nos pusiésemos en el conflicto presente contra Francia e Inglaterra no más que por satisfacer un sentimiento de venganza? En manera alguna. Se trata de una apreciación de valores. Los pueblos, como los individuos, buscan siempre lo que ellos creen que constituye su propio bien, idea general cuyo contenido va cambiando según los tiempos; así, antiguamente, parece que la fortaleza, la dominación, el triunfo eran el ideal, el bien supremo a que podía aspirar un Estado, mientras que hoy somos, en general, más amantes de la libertad y la justicia, o sea que las consideramos un bien superior al imperio. Pero esa noción de bien, ya sea para mí, individuo, ya para un pueblo, no solamente varia de siglo a siglo, sino que dentro de cada época se descompone para cada esfera de la actividad de la vida en un sinnúmero de objetos o bienes particulares, que todos juntos nutren la idea general de bien con algo asequible y positivo. Así, cada uno de nosotros, apetece y busca varios fines como constitutivos de su bien personal: la riqueza, la salud, el amor, la amistad, una larga vida, o la gloria, el poderío, el saber; de igual manera que cada pueblo apetece -como el contenido de su bien nacional la libertad, la independencia, la cultura, la prosperidad del comercio, la paz. Pero es evidente que cada uno de estos fines no tiene a mis ojos, ni ante la conciencia de un pueblo, el mismo valor que cualquiera otro; unos los estimamos más, otros menos, y cuando hay que optar entre dos o más de ellos, escogemos el más preciado y sacrificamos el que menos nos importa. Así, yo puedo lícitamente aspirar a la riqueza; pero si no puedo conseguirla más que a costa de un crimen, opto por la pobreza, o sea, que entre el dinero y el honor, siendo ambos dos bienes, estimo más el último que el primero. Igual caso es el de un pueblo a quien se le ofreciese un mejoramiento moral o material, pero a costa de su dignidad o independencia: lo rechazaría, porque entre un gran comercio, o una mejor administración y la independencia, nos parece a todos preferible esta última. Nosotros los españoles hicimos una experiencia así en 1808. ¿Qué duda cabe que el Gobierno de José Bonaparte era más humano, más tolerante, más entendido en administración que el de Fernando? Pero la nación -y no sólo la plebe,

sino la mayoría de los hombres ilustrados- rechazó a José, porque los probables beneficios de su administración no eran equiparables al supremo bien de la dignidad y de la independencia de España.

Todo esto, que es una traducción al lenguaje vulgar y con ejemplos asequibles a todos de lo que suele llamarse teoría de los valores, quiere decir que para nuestra conducta y para la conducta de un pueblo hay motivos de graduación diversa que entran en juego y dominan los unos sobre los otros, según el campo en que nos movemos y según los fines que se nos presentan y los intereses que, en un momento dado, chocan entre sí, y entre los que debemos elegir. Esa importancia y primacía de los motivos que deben preponderar en cada caso queda establecida en nuestra conciencia, en lo tocante a la conducta individual, y los establece y sanciona -con su aprobación o su condena- la conciencia colectiva en lo tocante a la vida y a los intereses de orden general o público.

Aplíquense estas ideas al caso actual y dígame si sería justo, si sería moral que planteado el conflicto europeo España no tuviese en cuenta, para determinar su actitud, más que los motivos secundarios de sus rencillas antifrancesas y antiinglesas. No sería justo ni moral, porque la cuestión planteada se desenvuelve en una órbita enormemente mayor que nuestros intereses estrictamente nacionales y hace callar nuestras voces en esos litigios, para que se pongan en primera línea otros problemas más vastos; no se ventila ahora una querrela con Francia, sino el destino de Europa, y de rechazo el rumbo de la Historia. ¿Podemos nosotros, pues, cuando estamos obligados a medir y pesar razones más profundas, cuando se ventilan intereses universales, justificar nuestra conducta exhibiendo simplemente apetitos particulares? No podemos. Si yo estoy resentido con mi vecino, aunque lo esté justamente, y la casa de mi vecino arde y le dejo perecer sólo porque estoy enfadado con él, ¿qué diríais? Que mi conducta era inmoral, porque ante el motivo superior del sentimiento humanitario deben callar los sentimientos personales. Igual acontece con el conflicto, no ya europeo, sino universal. Nuestro deber es acudir, ya que no con nuestro apoyo material, con nuestra simpatía y calor moral del lado en que esté la causa justa, la causa de Europa, los intereses permanentes y superiores. Esto no es sólo una verdad palmaria, de sentido común, que casi yo no debía enunciar con tanta insistencia; es, además, una práctica que han seguido todos los pueblos civilizados; es decir, los que son capaces de moverse por motivos de justicia y conveniencia general. Para no cansaros con ejemplos tomados aquí y allá en la Historia universal, limítome a un caso de nuestra España. En guerra estábamos con Inglaterra en 1808, mas apenas el desalumbrado pueblo español se dio cuenta del peligro napoleónico, ¿a quién acudió en demanda de auxilio? A los ingleses, a sus enemigos de la víspera, dando al olvido, sabiamente, los enojos por heridas bien crueles que acabábamos de recibir. ¿Por qué hicieron esto nuestros antepasados? Porque ante la causa mayor depusieron cuantos motivos de enemistad con Inglaterra pudieran tener y tenían, pero de valor menos general. Y esa causa no era sólo la causa de la independencia española, con ser tan grande, sino la causa de Europa; y buen cuidado tuvieron de hacerlo constar así los que dirigían la resistencia, y bien supieron enorgullecerse justamente de haber dado el primer paso en el camino de la liberación del continente y puesto el primer obstáculo invencible a los apetitos del imperio universal.

Después de todo esto no necesito decir lo que pienso de esa otra posi-

ción de la germanofilia española, que pretende ser necesario para el engrandecimiento de España el hundimiento del poderío inglés y de la prosperidad francesa; y fundándose en esta pretensión, desean, por supuesto, sin salir de la neutralidad, el triunfo de Alemania. Opinión respetable, como todas, en consideración a las personas que de buena fe participan en ella; pero que en sí misma es trivial, engendrada por el espíritu de negación que hay en el fondo de toda germanofilia, contradictoria en sus términos y en la conducta que siguen sus partidarios, y desconocedora, en sus consecuencias últimas, de las aspiraciones verdaderas y las conveniencias actuales del pueblo español.

Yo no comprendo, en general, cómo puede decirse que un pueblo es obstáculo para el engrandecimiento de otro cuando no le tiene oprimido por la fuerza de las armas o de alguna otra manera; cuando se trata de naciones libres que mutuamente se respetan en su libertad y tienen ante sí abiertos los caminos del mundo; abiertos a su competencia pacífica, para que desplieguen en ella los recursos de su ingenio, su trabajo, su habilidad; y como este último es precisamente el caso de España con Francia y con Inglaterra, no comprendo cómo se lanza la afirmación de que nuestro progreso y prosperidad son incompatibles con los de ellas. Los dos caminos sube un pueblo a la cúspide de su grandeza, siendo menester que los recorra a un tiempo, si su grandeza ha de ser efectiva y duradera: por el cultivo de su espíritu, que difunda entre sus ciudadanos la instrucción y la libertad, y por el trabajo, despertando las actividades industriales, el comercio, la labranza y las artes fabriles, que constituyen, con la riqueza y el bienestar resultantes, una base firme de cuanto se emprenda en otros órdenes, y prestan a la vida de una nación condiciones de permanencia y seguridad. ¿Qué echamos nosotros de menos en España cuando volviendo la vista sobre el estado del país vemos cuán lejos se halla todavía de haber alcanzado, no ya un esplendor magnífico, sino un tolerable bienestar? ¿Qué han echado de menos en España cuantos desde el siglo xvi hasta la fecha han venido ocupándose, lejos de los sillones ministeriales, en señalar los males del país y proponer remedios? ¿Por ventura echaban de menos nuevas provincias conquistables, nuevas razas y continentes que someter? No por cierto; lo que esos hombres, desde hace tres siglos hasta nuestros días, en que oímos la voz de Joaquín Costa, han echado de menos ha sido instrucción y amor al trabajo, precisamente; lo que lamentaban era el atraso e ineficacia de las universidades, el abandono de los campos, la decadencia de la menestralía, el pordioserismo y mendiguez de todo el pueblo. Lo que deploramos nosotros ahora es la ignorancia popular, de la que es consecuencia inevitable esta atonía y flojedad de la opinión, reflejo de la conciencia colectiva, porque los hombres ignorantes, desconocedores de sus derechos, de sus intereses y de los medios de acción que para hacerlos valer les conceden las leyes, destruyen en su origen la posibilidad de constituir y organizar una nación.) Y si quisiésemos, dejando volar la fantasía, representarnos una España ideal, es seguro que nos imaginaríamos una península doblemente poblada, con todos los habitantes que su suelo puede alimentar, surcado su territorio por caminos, regado y fructífero, con maestros para sus hijos, con trabajo remunerador y un régimen pacífico y libre que nos hiciese amable la vida e indultase a los españoles de esta especie de sentencia que parece pesar sobre ellos condenándolos al descontento y a la tristeza. Y si esto es evidente, decidme: ¿Tienen la culpa Francia e Inglaterra de que nosotros no tengamos escuelas, de que no nos hayamos preocupado nunca seriamente de difundir la instrucción y artes

útiles? ¿Son ellas las que nos prohíben adelantar nuestra agricultura o mejorar nuestros procedimientos de fabricación? ¿Son Francia e Inglaterra las que difunden en nuestros capitalistas ese apocamiento y timidez que les impide industrializar a España? ¿O son ellas también las que decretan la emigración de los labriegos andaluces y castellanos, faltos de tierra que trabajar y de un jornal para no morir de hambre? Nadie que discurra serenamente podrá dar una respuesta afirmativa. Pero entonces habrá que buscar alguna explicación, algún origen a esa creencia de que la prosperidad de España es incompatible con la de Francia e Inglaterra, porque no sería lícito, no sería justo suponer que los que tal propalan lo hacen por mero capricho o que pretenden burlarse de nosotros.

Esa explicación y origen helos aquí: Cuando alguien afirma aquella incompatibilidad y no añade a su aserto comentario alguno, oculta la mitad de un pensamiento, rehuyendo explicarse sobre el concepto que tiene del engrandecimiento español. Porque, en realidad, lo que pretenden -algunos, más francos, lo declaran así en sus escritos y en sus discursos- es instaurar un imperialismo español, colocando la política exterior de España en vías de agresión, de conquista y dominio, para ensanchar sus fronteras en Europa y fuera de ella; en suma, una restauración de la política imperialista de hace tres siglos, si no en sus movimientos esenciales, porque esto seda un anacronismo imposible, al menos en sus formas. La empresa de Marruecos ---en la que tantos laureles cosechamos- no sería más que un aperitivo; el territorio de Portugal es la primera presa que tendríamos que devorar; y después, todo el norte de África, adquirido, naturalmente, después del hundimiento de Francia, y luego, otras colonias y, tal vez, la reconquista de Nueva España... Yo nada tendría que objetar -dado lo quimérico de sus planes- a estos germanófilos de rechazo si su propaganda no produjese un efecto dañoso en el alma española, trayéndola nuevamente a un terreno falso, del que comenzaba a salir, porque los propaladores de estas ideas, que a veces se presentan como hombres ultramodernos, no paran la atención en que no hacen sino reproducir el error clásico en la política española, que midió la grandeza nacional por las leguas de tierra sometidas a nuestro pabellón, aunque en esa tierra no hubiese más que mendigos y frailes, aliñados con miseria y superstición. Esta política en el terreno de los principios, es inadmisibles por inmoral, porque su fundamento es desconocer el derecho de los pueblos a su autonomía; esta política está ya juzgada por la Historia, por nuestra propia historia, porque ella nos trajo el hundimiento y la ruina; y esta política, en la práctica, en la realidad actual, es simplemente una payasada, un remedo risible del imperialismo alemán; si el pueblo español fuese menos pacífico, ¿qué contestaría a los que viéndole sin un pedazo de pan que llevarse a la boca, muriéndose de miseria, tienen todavía la despreocupación de hablarle de conquistas? Este imperialismo, por lo oportuno que es y por los medios con que cuenta, más que de Carlos V, parece copiado de don Manuel Godoy. Por eso no se puede admitir que una quimera, irrealizable además de injusta, influya gravemente en la opinión extraviándola en una cuestión tan importante y tan actual como el conflicto europeo, llevándola a colocarse frente a lo que los intereses verdaderos del país reclaman. Desvanecemos el equívoco, y quede establecido con toda claridad que nosotros ansiamos y trabajamos por el engrandecimiento de España, en los términos y con los fines que acabo de explicar, y, en esa forma, no sólo es compatible con la prosperidad y grandeza de otras naciones encauzadas por los mismos

derroteros, sino que necesita de ellas como germen, estímulo y lección para su progreso. Menguado y criminal patriotismo sería el de quien no comprendiera el adelanto de su pueblo sin la destrucción previa de las virtudes y de los frutos de otros patriotismos tan legítimos y respetables como el primero.

NO ES LICITA LA ABSTENCION

De esta manera, hay que ir combatiendo, de posición en posición, con la germanofilia, arrojándola -los símiles guerreros están de moda- de todas sus trincheras; pero después de haber expugnado lo que pudiéramos llamar las obras exteriores y avanzadas en que suelen parapetarse los germanófilos, nos queda todavía un reducto por conquistar, el último antes de abordar cara a cara y en toda su amplitud el problema central: los deberes y la conveniencia de España en la guerra europea. Ese postrer reducto es el de la indiferencia, en el que no sólo tendremos que combatir a los germanófilos que habitualmente se refugian en él cuando no disponen de mejor reparo, sino a muchos otros españoles que con toda ingenuidad creen que por ningún motivo están obligados a tomar posición en la contienda.

Habréis oído decir mil veces: yo no soy francófilo ni germanófilo; yo soy ante todo español, y a eso me atengo. Los que así hablan suelen poner en sus palabras un aplomo, una confianza, una frialdad austera de tal fuerza que parecen haberse remontado a lo alto de la prudencia política, y muy satisfechos con su hallazgo se mecen serenamente como las águilas en zonas excelsas, muy por encima del suelo donde nos agitamos los simples mortales, los que tenemos la desgracia de sentir apasionadamente. Otras veces la teoría de la abstención se formula de modo distinto y con cierta timidez, lamentando la facilidad con que el pueblo español se encrespa y revuelve por discutir intereses ajenos, mientras no se cura de los propios. En fin, con toda claridad proclaman los más candorosos que los españoles debemos encogernos de hombros ante la guerra, aprovechar sus relativos y pasajeros beneficios, mientras los extranjeros, bastante locos, se destrozan y arruinan, y atender al reparo de nuestra casa, harto maltratada. Tanta ingenuidad haría sonreír, si no viésemos a ratos en algunos de los que así piensan, asomar la oreja de la hipocresía. Porque decir que no se es aliadófilo ni germanófilo, y sí español a secas, o como quieren muchos, *hispanófilo*, es no decir nada; si con ello pretenden expresar que ha de tomarse en cuenta en primer término lo que pida el interés español, no hacen en eso diferencia ni ventaja alguna a los que tenemos declaradas nuestras preferencias y sólo consiguen alejar un poco la cuestión, sin resolverla, porque después de contemplar con tanto ahínco como se quiera lo que se llama interés y conveniencia españoles, habrá que definirlos y confrontarlos con la guerra y luego, en virtud de tal confrontación, decidirse por una u otra causa, con lo que venimos a estar donde estábamos, ya que la guerra, con todo su contenido, es un hecho indestructible, por mucho que nos empeñemos en cerrar los ojos para no verlo. Opino también que es yerro grave lamentarse de la facilidad con que la España se enfervoriza por cuestiones que no se rozan con ella. No he visto yo por parte alguna esa envidiable facilidad, que ojalá fuera tan grande como se cree, porque eso demostraría que estábamos unidos por nuestra sensibilidad a todos los problemas del mundo y no, como en efecto vivimos, geográfica y moralmente apartados de él. Demasiado tiempo llevamos de espaldas

a las cosas de fuera, u oyendo hablar vagamente de ellas, entre desdeñosos y sobresaltados, como el palurdo escucha en su aldea el eco amortiguado de la vida bulliciosa de la corte, para que se nos venga ahora a proponer como tipo representativo del alma española al corregidor de Almagro, que se murió porque a un vecino le sacaron la capa demasiado corta. ¿Pero es que, en todo caso, puede hablarse aquí de interés o fervor excesivo por cosas ajenas? ¿Es que nosotros somos ajenos a la guerra? ¿Vivimos los españoles en la luna? ¿O disfrutamos de un privilegio tan extraño que no siendo ajenos a la guerra ni los pueblos más cultos ni los más salvajes, ventilándose en ella el porvenir así de los franceses y prusianos como el de los hotentotes, podremos nosotros flotar en una especie de vacío moral, sustrayéndonos a las leyes de la mecánica social y política del mundo?

No podemos hacer tal. Y el mismo razonamiento vale contra los espíritus pacatos que nos hablan ahora de la necesidad de arreglar nuestra casa, de poner en orden nuestros asuntos interiores, como pretexto para desentendernos de lo que ocurre fuera. ¡Como si la urgencia del buen gobierno dependiese de la guerra o de la paz, o fuese incompatible con alguna de ellas, o desdeñable en la quietud! ¿No se recuerda aquel episodio de la Historia Sagrada, cuando los hebreos reconstruían el templo con una mano y con la otra peleaban? ¿No podremos nosotros reparar en lo posible nuestro templo; nosotros, que no tenemos que pelear, y, al mismo tiempo, ir elaborando en nuestro ánimo un juicio, una opinión, y encender un sentimiento de adhesión a la causa justa? Es preciso optar. Digo más: la abstención que se funda en las razones especiosas que acabo de enumerar, es ilícita; ilícita, desde el punto de vista español y desde el punto de vista humano. La separación de ambos puntos de vista la hago aquí de un modo provisional, y para abarcar en el discurso todas las posibilidades lógicas de la polémica; pero repugna a mi modo de sentir la patria y a la idea que tengo formada de la España venidera, la disociación del uno y del otro; no es buena ninguna política, ninguna educación, ningún sistema que pueda poner en conflicto, dentro de nuestra conciencia, lo que debemos a nuestra cualidad de españoles con lo que nos exige la condición de hombres, el interés nacional y la solidaridad de la especie. Toda política debe poner en nuestro país su mayor conato en encauzar la evolución española, para que la conciencia de este pueblo llegue a estar con la conciencia universal en perfecta coincidencia. Así lo están ahora, creo yo, frente a la guerra, y lo están forzosamente. ¿Podría existir un hombre que habiendo elevado su vida a algo más que el ejercicio mecánico de sus funciones vegetativas y reproductoras asista impasible a la más tremenda conmoción que ha desgarrado las entrañas de la especie?

¿Puede creerse que el espectáculo de las energías derrochadas, la exaltación de los sentimientos de amor y odio, la heroicidad de los combatientes, el tesón y los sufrimientos de los pacíficos, los torrentes de sangre y los montones de muertos que han levantado entre los pueblos fronteras más difíciles de salvar que los ríos y las cordilleras, no suscite en el alma de quien lo contempla un movimiento, por leve que sea, de curiosidad y pavor? Es un imposible moral que ese movimiento no se produzca; y una vez que existe, viene el preguntarse por qué tamaños cataclismos se engendran y para qué; y ya está con eso formulada una interrogación enjuiciadora ante la que va pasando la conducta de los hombres. El oscuro pero indesarraigable sentimiento de que la vida, para que tenga un significado, ha de tener un propósito, un fin, se alza entonces con todo su poder desde el fondo del alma; la

luz plena de esa convicción se derrama sobre las gestas de los héroes, sobre turbias combinaciones de los políticos, sobre los anhelos de los pueblos, establece una perspectiva para los hechos y les da color, sacándolos del con- se producen; dentro de esa perspectiva y a esa luz los con los fines permanentes de la vida humana, y erigido en su conciencia en juez irrecusable absuelve y condena, discierne los lauros, y abrumba a los culpables de un delito de lesa humanidad, clavándoles en la frente el estigma de sus responsabilidades. Este proceso se desenvuelve en la conciencia de cada hombre, sólo por ser tal; contra ese proceso, que nos lleva inevitablemente y por sus pasos contados a entrar en el fondo moral del conflicto, no puede oponerse nada en nombre de la cualidad de español; pretender que nuestros conciudadanos se echen fuera de él, es una aberración repulsiva, porque implica la creencia de que la conciencia española rueda por órbita distinta que la conciencia universal, o que es contradictoria de ella, o que lo español es una minoración, un sustraendo de lo humano. ¿A qué reduciríamos la España presente y futura si extirpáramos de ella esa raíz por la cual nos unimos al tronco de la civilización, raíz por la que absorbemos, como savia común, las angustias y los goces, las aspiraciones y los sinsabores de que participa el género humano? La reduciríamos a un catálogo de cosas pintorescas, peculiares, típicas, sin valor general porque habríamos ahogado la llama interna. No menos que eso pretenden inconscientemente los que ante la grandeza de la ocasión actual inculcan en los españoles la idea de abstenerse, de suspender el juicio, y amplían la neutralidad del Estado hasta la neutralidad del ánimo en los individuos. Si, nuestra indefensión militar, la debilidad económica y otras causas han impuesto hasta ahora a la nación esa actitud neutral en el orden político, no así en lo demás, la voluntad y la libertad no perecen por eso, ni necesitan de las armas para publicar sus designios. Don Quijote, vencido, no abdicó su libertad de juicio. El pueblo español, desengañado de sus antiguas quimeras, está muy propenso a rechazar cuantas preocupaciones de orden general asaltan su atención, temeroso de que el menor movimiento de su ánimo le acarree nuevas desventuras; pero ese traslado de la modestia y circunspección en la vida exterior a la vida interior es mortífero, y es mala obra para España halagar ese vicio de la indiferencia, siendo como es indispensable arrancar esa costra, raerla de su piel y dejar a la nación en carne viva para que todos los vientos inquietadores la mortifiquen y la hieran.

Nota: Discurso sacado de las obras completas de Manuel Azaña [compilación..prefacio..prologo y bibliografía..Juan Marichal...]

[Primera Edición]

México Oasis.-[Al Fin Panamericanas]

[1966-68]

4 Vols.-27,5 cm

Volumen I